

LAS FIESTAS DE PRIMAVERA EN MURCIA

El Bando como soflama: El Entierro de la Sardina

F. SAURA MIRA

Ser murciano es amar un paisaje, es adorar una tierra, hundirse en el fango de los banales, conocer la huerta que es encanto, nostalgia, calentura, amor ebrio que se esparce en la anchura de un olor a azahar... que se engarza con el tacto y el sabor. Murcia es un trozo de natura a la hechura del barroco. Salzillo y la alegría, dulce y beso de hembra, reflejo del amor que busca el cuerpo. Zagala y pasión, roce y peregrinación al Santuario de la Virgencica de la Fuensanta en el monte de nuestra sangre y alma misma.

Abril es lo festivo, lo que provoca un estallido, como un grito de gozo.

Reuelta de la Pasión en remembranza de resurrección. Triunfo de la palabra, fisonomía nueva que se revienta en el cogollo de la rosa, en la vivencia disoluta y sutil del clavel, en el anagrama de la amapola límpida y casta.

Murcia. Torre como vigía y como capirote de nazareno. Murcia en el eje y la placeta, nomenclatura de lo íntimo. Verbo de luz en el episodio del claustro. Torrente de portada en barroquismo fluyente. Toda la ciudad es un movimiento... andadura, iluminación, gesta, parámetro de ágora, trájín de calle en bacanal de conversación... hito de arabesco, de cristiano viejo y judío en un credo de creencias medievales... abrazo completo en plenitud de goces.

Fiestas de primavera como brotes de flores-ta, cuajarones de color en capacidad de alegría total. Versión de palabras que llegan desde el corazón se animan en los oídos de la multitud que clama por la belleza apolínea. Episodio de Fidias que es Salzillo, de cántico que es balada de jarcha arabesca cual collar de perlas en aljimez y figura de hebrea, cual Deborah sentada en la vieja palmera de nuestros abuelos... Sensación de besos en versículos de San Juan, cerca del Monte de los Olivos, crucial testamento de palmerales en cuitas de jardines fabulosos. Roce de palmera como energía de la Toráh, alusión de Y. Haleví

en el silencio de la Virgen que pasa. Todo es regusto, como en la siesta de la tarde primaveral, silencio y tañer de campana.

La primavera y Murcia se dan un abrazo como en un contubernio bien realizado, embrujo de calleja y ocre en las penumbras, como palabras del color en los muros.

Se nota el estigma en la llamada del Jueves Santo, donde le sol luce con su tiempo de soledad divina, y luego, en la otra luz del Viernes Santo, como una plegaria de cincel en el vientre de la talla, voz misma de Dios hecho hombre, desde el combate de la tierra y el cielo. Después todo varía en un afán de loco amor contaminado por la pasión del tiempo abriero, para que un Arcipreste de Talavera tenga ocasión de vituperarlo desde la cumbre del siglo XV, aunque con la Celestina se requiera el talante de un paganismo completo, servicio del goce en la vida inquieta y andariega, con la vieja trotaconventos en dimes y diretes acústicos. Es el lance renacentista —acopio de vida consumada en la locura del placer— que surge con la lozanía de la hembra y la virilidad —a veces, encubierta— del hombre.

Pienso en esto con la fórmula del amor en una revancha acostumbrada, resoluta y típica de la revuelta cuaresmal, cuando el antruego se ha deslizado en su cóncava isla de perfumes sardneros. Cuando la imagen de la madona, mujer, hembra, huertanica de ojos como la endrina —muy del Arcipreste—, untada con el aroma del azahar... —que diría el ínclito Vicente Medina, por aquello de:

“paece que en el seno llevas
toicos los azadares
que tus naranjicos echan”

La hembra huertanica, de tez moruna y hebráica, rostro de pasión en el verbo de Salzillo componiendo cabezas de dolorosas y angelotes es el colmo de la belleza ubérrima, lanzada al esquema de la Resurrección que se hace alegría... bando de la huerta rellenando el fragor de los espacios murcianos.

LAS FIESTAS DE PRIMAVERA EN MURCIA



La belleza de la mujer, huertana pura, ciudadana... con lo civitatense que lo tiene, de suyo, como diría, a su vez, Díaz Cassou, es el muestrario de todo el relieve primaveral que provoca la constatación de un beso, un abrazo, una caricia como se puede hacer a la flor del camino, al naranjo robusto, al árbol de la huerta. Todo es una danza, unguento de carisma o filtro amoroso que conduce al paganismo, que se muestra en el rasgo apoteósico del estallido festivo.

EL BANDO COMO SOFLAMA

El mensaje, la constancia de la huerta en primavera, queda incrustada en documento fabuloso como una danza de formas que rezuman y amalgaman echuras de la rústica naturaleza. Es momento para el encuentro, la cita con una arcadía y unos gestos que aún quedan meditando en sus moradas... arpegios ancestrales que, por un instante, cobran presencia en lo urbano.

El Bando de la Huerta es un acopio de cosas, sucintos engranajes que penetran en el laberinto urbano para que la ciudad de los lechuginos se instruya de una cultura vieja, la que le sirve de base en su devenir.

Es así que aquella calidad de vida que trota en las carrozas, a la vieja usanza, —no como las que se apañan en esta hora de masividad—, comportan la esencia y el mensaje. Portar sobre un carromato las estampas del hacer huertano, de todos sus tejemanejes, de vida sencilla apuntalada al margen de la acequia, que es su arteria vital, desde que el impulso árabe profirió enjundia y orden a su geografía agrícola, supone la insignia y el talante. Después vienen los gajes del diálogo, el verbo en afán de panocho que constata el intríngulis del lenguaje de este hombre —perráneo—, que se sacude sus pullas en un momento al pasar por la Casa Consistorial, lugar de los aporósitos y de las Soflamas.

He visto muchos bandos de la Huerta en mi vida, caminando por sus paisajes y sintiendo el rostro de sus ausencias. Conozco aquellos bandos esplendorosos de los años 60, con la marca bellísima de sus carrozas, verdaderos altares donde se mostraban la eburnia de una huerta barroca, con sus costumbres enraizadas en el gusano de la seda ("busano de la sea"), y des-

pués el panochista de turno emulando a los olvidados Joaquín López y sus émulos, que evoca Andrés Blanco García en sus "Escenas Murcianas", en alusión al "proceso del moro" y "La Rueda de la Nora" —en aquel tiempo de 1879—, que, sin duda, fue mejor que los actuales en calidad y finura, pues ahora todo se ha masificado y lo que se gana en intensidad se pierde en calidad.

Pero son otros tiempos, menudencias de una democracia que acucia y se hace morbosa —como diría Gasset—. Creo en las excelencias de las cosas por sí mismas, no por el amasijo de votos... sólo que hay que enfrentarse a una realidad inmediata sin vértigos algunos.

Evoco, desde aquí, aquellos bandos huertanos con la soflama ilustrada desde las placetas, cuando la ciudad era todavía ebúrnea y bella; cuando existían los arcos y los adarves... lo recoleto, que desde la Platería enfocaba la carroza tirada por lleguadas, con la lozanía de las mozas en flor anidando en el aire mismo. Era una faceta al terminar la Semana de Pasión, pues antaño se sacaba el Bando el primer día de Carnaval, con los temblores del pibirigallo que traía sugerencias crueles de antaño.

De todas formas, ahí queda esta estampa bella de la huerta que transcurre, por un día, en la perraneidad del barullo urbano, con el barroquismo de los mantos que portan las hembras; con las alegorías del viejo y siempre nuestro paisaje, que salva a la tierra de presencias extrañas. Identidad de siglos que queda en las hebras de un dialecto sesudo, de un panochismo más pintoresco, de un abruzamiento que se estira en la longitud de lo cotidiano huertano, con sus cuitas y raíces arabescas.

Ya no se viene de la huerta a "hacer el asno", pues la gente menuda urbana lo hace sin cuartel en la espesura del estresamiento de una fobia por la norma, frente a la presión a que se le obliga en su vida normal. Aquel "hacer el asno" era una forma de meter en la ciudad el poso y el aroma del arca, poner en ciernes la artesa y recordar la barraca como morada de nuestros

abuelos. Ahora, por un día, el color se apodera del asfalto, aunque no se dejan ver aquellas calbargas ni las estupendas carrozas al estilo antiguo... las que venían de los pueblos a poner envidia a los demás. Pero, es igual. Todo se ha transformado en una forma habitual y monolítica que sigue en su estallido como un clamor de algo que no debe desaparecer.

EL ENTIERRO DE LA SARDINA

La mañana de Abril amanece llena de sol, irrumpe sus rayos a borbotones. La ciudad está tranquila, pero también sucia. Todo refleja la tralla de la noche anterior, noche que pone el fin de fiesta a unas explosivas formas de recibir la primavera en la ciudad, buceando en el añejo calendario urbano y rústico.

Todo lo festivo se ve acompañado de la alegoría y la gastronomía, que en Murcia contiene la variada gama de gustos pantagruélicos y, al mismo tiempo, es buen remedio contra la apatía de los escuálidos en la mente y en el cuerpo. ¡Que de todo hay!

El Entierro sardinero es el centro de todas las efemérides urbanas que arrastran a espectadores de toda índole, acaso por la parodia y la extraña mueca de sus personajes y de sus camorristas al estilo de los viejos goliardos, que se ríen de sí mismos y de todo —lo que es buena manera de estar y de vivir la vida, esta vida de sueños y falsas realidades que no conduce más que a aspavientos raros—. Por eso el Entierro sardinero es un barullo o, acaso, una energía vital estrafalaria que comienza desde su signo folklórico —apenas hace un siglo o quizás menos—, pero que se le quiere dar el ancestralismo de otros entierros que se hacen en diversas partes de nuestra patria como comienzo del Carnaval... con las pullas y las risotadas del columpio y las sangrientas secuencias de matar gallos —por aquello de haberse quedado viudos de las gallinas—. Lo que sucede es que, aquí, —como en otras partes—, hay gallos y gallitos que se dejan querer y amparar en la parodia de chácharas y murgas vacías de contenido, pero que alegran sus despropósitos y hacen política, que es lo que se lleva.



De los otros entierros de la Sardina, —de los que se hacían en lugares urbanos y rústicos españoles conocidos y reconocidos—, sí que hay mucho escrito... y hasta forman parte de esa literatura negra o de la anécdota de negrura que, desde Goya a Solana, conforma un estilo en los ancestros de Lucano como inaugurador de tal potencia. Ahí sí que es preciso quitarse el sombrero y apuntar datos para la erudición, pues en este punto sí que se pueden retomar aspectos trágicos sucedidos con tal motivo —por aquello de su relación con la mascarada y otras cuitas que en Madrid o en Oviedo abundaban con eclosión y con la garantía de su fuerza eterna en el contagio del festejo—, hasta ser evocado por Leopoldo Alas —genial escritor del pasado siglo al que habría que leer más y no contagiarse con los modismos de última hora alusivos a casi nada o a las discrepancias de gandulones eruditos de lo nuevo y por tanto vacío...—.

Para el auto de La Regenta, sin par obra novelesca, rotunda y provinciana —soberbio monumento de lectura sedimentada—, el Entierro de la Sardina es una "excentricidad fúnebre que lleva en sí siglos de tragedia, como la que sucede con el tierno —y a su vez— típico Pipa, que cubre con su luto la ocasión de una farsa que en Murcia se hace con inocencia de unos clasismos y portentos de ocasión... más para la caricatura que para el goce del ancestro y del auténtico folclore.

F. Saura Mira
10 de Marzo 1991